sin embargo yo no pido á Dios sino aquellas gracias que les son mas necesarias en el estado en que se hallan.

No soy yo de aqnellas madres á quienes ciega el cariño, y no les deja procurar el verdadero bien de sus hijos. El amor que te tengo, hijo mio, no me hará obrar de otra suerte.

Yo no intercedo con Jesus sino para obtener aquello que conozco que te será mas útil para este mundo y para el otro.

Bajo de esta inteligencia recurre siempre con confianza á mi proteccion. Recurre á ella en todos tus trabajos, de cualquiera naturaleza que sean.

Como estas aflicciones te serán frecuentes, es necesario que mi nombre, despues del de Jesus, esté siempre en tus labios, y que le tengas grabado profundamente en tu corazon.

SIERVO. ¡María! ¡oh nombre sagrado! ¡oh nombre amable! jamas se pronuncia con confianza sin que se logre algun provecho.

Feliz el que le repite muchas veces con amor, que le saluda devotamente, que le respeta con sinceridad, y que le invoca en todos sus trabajos.

Despues del nombre de Jesus, que es *nombre sobre todo nombre*, no hay ninguno mas venerable, ni mas dulce, ni mas amado de todos los fieles.

A la invocacion de este nombre, el pecador se siente lleno de esperanza en la misericordia; el justo aumenta su caridad; el que está en la tentacion, consigue la victoria sobre sus pasiones; el afligido se llena de toda paz y consuelo.

¡Ah! este sagrado nombre de María será, despues del de Jesus, mi recurso en mis aflicciones, mi consejo en mis dudas, mi fuerza en mis combates, y mi guia en todos mis pasos.

CAPITULO X.

De la confianza que debemos tener en María, y de la que deben tener los pecadores que quieren volverse á Dios y alcanzar su perdon.

MARÍA. Hijo mio, conozco que no tienes en mí una confianza tan perfecta como debieras. Unas veces dilatas el invocarme en tus necesidades, y otras parece que lo haces

con cierta desconfianza de la voluntad que te tengo.

Yo quisiera que tuvieras en mí aquella confianza que tiene un hijo en su madre, cuya bondad y ternura le es bien conocida.

Quisiera que recurrieras á mí en todo tiempo, en todo lugar, y en todas tus necesidades así temporales como espirituales, y aun en las de tus parientes y amigos.

El no recurrir á mi intercesion sino de tiempo en tiempo, y como hacen algunos cristianos, en los dias de mis fiestas, y en sus mas urgentes necesidades, ¿es acaso tener en mí una entera confianza?

Imita á la Iglesia, hijo mio, que no pide ninguna cosa á Dios, sin valerse de mi intercesion.

No hay ninguna gracia para la cual no recurra á mí como á aquella por cuyo medio se complace el Señor en comunicarlas á sus hijos.

Su conducta es siempre conforme al espíritu de Dios, y ella debe ser la regla de la tuya. Es necesario que á su imitacion tengas en mí una confianza contínua, universal, ardiente, dulce y amorosa.

Recurre á Dios por medio de Jesus, que

es el solo y único medianero entre Dios y los hombres; pero á Jesus has de pedirle poniendo á su Madre por intercesora. Yo soy uno de los caminos mas seguros para llegar á él, y para que te reciba favorablemente.

SIERVO. ¡Oh Reina del cielo! reconozco vuestro poder y vuestra bondad: pero decidme, Madre mia, ¿no es indigno de vos el interesaros por un pecador como yo?

¿Es posible que una Vírgen tan pura, tan celosa por el amor de Dios, tan perfecta pueda mirarme con ojos tan propicios?

MARÍA. Hijo mio, ¿no soy yo *el refugio de los pecadores*? intercedo por todos aquellos que me invocan con confianza, cuando quieren volver al servicio de Dios.

Dios, movido del interes que yo tomo en su reconciliacion, jamas deja de oir mis ruegos.

Yo misma soy el único recurso que les queda á muchos pecadores, y el solo medio que Dios les da para que vuelvan á entrar en su amistad.

¿A cuántos cristianos no he alcanzado yo el perdon de sus delitos, por grandes que hayan sido? Me han pedido que los cubriese con mi proteccion contra la divina justicia,

y yo los he protegido hasta conseguir hacer la paz con su Soberano juez.

Hay pecadores que están resueltos á vivir en su pecado, y se lisonjean no obstante de que les conseguiré la gracia de no morir en él. Confianza que no es mas que presuncion, pretension que me es injuriosa.

Otros hay que gimen bajo el peso de sus cadenas, y hacen esfuerzos para romperlas; pero conocen su debilidad, y recurren á mí con confianza: esperan que por mi intercesion han de conseguir la gracia de fortaleza que necesitan y el perdon de sus pecados. ¡Ah! ninguna cosa deseo mas que el que vengan á mí estos pecadores, que se acerquen á mí con confianza, seguros de que no los arrojaré de mis piés, sino que los recibiré con amor.

SIERVO. *¡O Madre de mi Señor! en el momento en que llego á oir vuestra voz* (1), mi tnrbacion se disipa, y quedo penetrado de la confianza mas viva.

Vos sois para mí como aquella paloma que se presentó despues del diluvio con un ramo de oliva que es símbolo de la paz.

(1) Luc. I, 43, 4.

Recibid bajo de vuestra proteccion saludable á un pecador lleno de confusion, contrito y arrepentido de los desórdenes de su vida, que quisiera borrarlos hasta con su propia sangre.

Alcanzadme la gracia de que llore amargamente las culpas que he cometido, y de que pierda la vida ántes que volver á cometer los pecados que detesto de todo mi corazon.

Por el fruto bendito de vuestro vientre hicísteis la paz entre Dios y los hombres: hacedla tambien entre mí y mi propia conciencia, entre mí y Dios.

¡Oh Vírgen poderosa! ¡oh madre llena de bondad! ¡cuántas acciones de gracias no debemos rendiros por tantos beneficios como recibimos diáriamente de Dios por vuestra intercesion!

¡Ojalá que todos los corazones os fuesen consagrados para siempre! ¡que todas las bocas de los hombres no cesasen de publicar y de celebrar vuestras alabanzas!

¡Y finalmente que los cielos digan sin cesar á la tierra: Amor, gloria á María; y que la tiera responda incesantemente á los cie-

los: Gloria, amor á María, *en la eternidad y por toda la eternidad* (1)

CAPITULO XI.

De la oracion que se llama comunmente la Salutacion Angélica.

Es muy frecuente entre los cristianos invocar á la Santísima Vírgen haciéndole esta oracion; pero ¿se reflecciona, como se debe, lo gloriosa que es para María, y la instruccion y consuelo que tiene para sus hijos?

¿La meditan ellos alguna vez al pié de los altares, para rezarla siempre despues con aquel respeto humilde que inspira, y con la atencion que pide?

Es verdad que vosotros saludais á María como *llena de gracia;* pero ¿habeis comprendido bien toda la grandeza que en sí encierran estas cortas palabras? Pues es lo mismo que decir, que María tuvo la gracia santificante, las gracias actuales, las virtudes sobrenaturales, y todos los dones del Espíritu Santo.

(1) Mich. IV, 5.

Cuando pronuncieis aquellas palabras regocijaos, al considerar la plenitud de bienes de que la colmó el Señor, y suplicadla que os dé alguna parte en aquel rico tesoro.

Despues le decis: *El Señor es contigo.* Y en efecto, Dios estuvo con María de una manera mas particular que lo estuvo con las demas criaturas, y aun con los mismos justos. Estaba Dios con ella para protegerla, y como para dirigir todas las potencias de su alma.

Cuando saludeis á María de esta suerte, concebid dentro de vuestro corazon el mas ardiente y eficaz deseo de participar algun dia de la dicha inestimable de esta Vírgen.

¡Ah! al que tiene al Señor consigo, ¿qué le queda que desear? ¿qué tiene mas que esperar, ni de qué se puede afligir?

Felicitais tambien á María, diciéndole que es *bendita entre todas las mugeres*: que es lo mismo que decir, que Dios le dispensó unos privilegios que no ha tenido á bien conceder á ninguna otra criatura.

Manifestadle interiormente la grande alegría que concebís por el amor escesivo que Dios le ha tenido, y por las bendiciones que se le dan en el cielo y en la tierra.

Luego añadís con Santa Isabel, que *es bendito el fruto de su vientre.* En efecto, el Hijo de María es bendito, adorado y glorificado en todo el universo.

Gozad por un momento del placer que siente con esto una alma que verdaderamente ama á Jesus.

La Iglesia ha hecho que pidamos despues á la Santísima Vírgen el que *ruegue por nosotros pecadores.* Con lo que ha querido dar á entender, que siendo los pecadores por sí mismos indignos de ser oidos por las grandes iniquidades que han cometido contra Dios, será escuchada María, si se resuelve á pedir por ellos.

Sí, Dios oirá á María, por que essu Madre. Y esta es la razon porque la Iglesia quiere que la invoquemos bajo de este título, que le es tan amado y tan glorioso.

Es lo mismo que si le dijésemos: *Santa María*, Vos sois *Madre de Dios;* el poder que teneis con vuestro Hijo no conoce límites, y este poder unido á vuestra bondad, es el fundamento de la esperanza que tengo en vos.

Pedís finalmente á la Santísima Vírgen, que *ruegue por vosotros ahora y en la hora ae vuestra muerte.* Los peligros de la salud

son contínuos durante la vida, y siempre hay necesidad de una proteccion poderosa.

Pero en la hora de la muerte, en la cual vuestros enemigos redoblarán sus esfuerzos para perderos, es aun mucho mas necesaria esta proteccion.

¡Momento terrible de la muerte! es verdad. Pero un verdadero siervo de María no muere jamas con la muerte de los réprobos.

CAPITULO XII.

De la confianza que debemos tener en María miéntras vivimos en este mundo

SIERVO. ¡Oh Vígen Santa! los enemigos de mi salud me cercan por todas partes. No piensan sino en robarme la gracia y la amistad de mi Dios: defendedme de sus embestidas, y alcanzadme la victoria.

Vos sois la Hija del Dios de los ejércitos, y si mis enemigos llegan á conocer vuestro poder, huirán léjos de mí.

Sois la madre de aquel que manda á los vientos y á las tempestades; y solo con que vos digais una sola palabra en mi favor, me quedaré en paz.

Sois la Esposa del Espíritu de la luz y de la fortaleza: pues haced que yo conozca y ponga por obra los medios de vencer tan terribles enemigos.

En medio de la turbacion en que estoy, no me queda otro recurso que arrojarme á vuestros brazos, así como un hijo se arroja al seno de su madre, cuando está poseido de temor.

Por grande y miserable pecador que sea, Jesus quiere qne me mireis como á hijo vuestro. Este es el tiempo de manifestar que teneis por mí verdaderos sentimientos de Madre.

Esta gracia es la que os pido, no por quien yo soy, que no merezco seguramente ninguno de vuestros cuidados, sino por el amor que teneis á vuestro Hijo Jesus.

Los pobres acuden á los ricos en sus necesidades; les piden, y suelen lograr su alivio.

Y Vos, Madre mia, que sois la Soberana del cielo y de la tierra, ¿no escuchareis la súplica de un hijo pobre y miserable, que solicita vuestra bondad?

Pero, ¡oh Vírgen Santa! si pedis por mí la gracia de que no vuelva á caer en los lazos que me tienden los enemigos de mi salud,

pedid al mismo tiempo la de que llore amargamente mis iniquidades pasadas, y que alcance el perdon de todas ellas.

Sí, Madre Soberana, conseguidmelo todo de una vez; no solamente el cumplimiento del deseo que tengo de no servir jamas á otro dueño que á Jesus, sino tambien un vivo dolor por los pecados que he cometido contra él miéntras he servido al mundo su enemigo.

No mireis á lo que soy por mí mismo y por mis culpas, sino á lo que valgo por el precio infinito de la sangre que me ha redimido.

Dios quiso que fueseis testigo de la muerte de Jesus en el Calvario, para que heredando vos sus sentimientos á favor de los pecadores, pidiéseis por ellos misericordia.

Cuando vuestro corazon se hallaba mas penetrado al ver los oprobios y los dolores de Jesus crucificado, entónces fué cuando me fuísteis dada por Madre, para que este mismo corazon se compadeciese algun dia de mis necesidades y miserias.

¿Cuántos pecadores están hoy gozando de aquella gloria inmensa, que hubieran padecido eternamente en el infierno, sino hubié-

rais vos intercedido por ellos? Pues pedid para mí las mismas gracias de penitencia que les alcanzásteis.

No se ha oido jamas que os hayais negado á escuchar la súplica de un pecador, que roconociendo la multitud y gravedad de sus ofensas, ha recurrido á vos para solicitar su perdon.

¡Oh María! ¡qué gloria tan grande no es para vos, el hacer Dios que dependa en alguna manera de vuestra intercesion el perdon de tantos criminales!

El que yo deseo alcanzar por vuestra mediacion contribuirá, si lo consigo, á vuestra mayor gloria.

En fin, ¡oh Vírgen Santa! interceded por mí, para que yo persevere en el santo temor y amor de Dios. Dignaos alcanzarm e esta gracia, que las mayores virtudes no serán bastantes para conseguírmela. ¿Cuánto no tengo que temer, siendo como soy la misma debilidad é inconstancia?

Vuestro nombre, el dulce nombre de Maria, es un nombre en virtud del cual, se pueden esperar las pruebas mas señaladas de la amistad de Dios.

¡Ah! acordaos, Madre mia, sí, yo os lo suplico, que si tengo la dicha de morir en el santo temor y amor de Dios, habrá una alma mas que le bendecirá, le alabará y le amará con vos en aquella bienaventuranza eterna.

CAPITULO XIII.

De la confianza que debemos tener en María en la hora de la muerte.

¡Oh Madre del Redentor! ¡oh María! ya estoy en los últimos instantes de mi vida: ahora, ahora es cuando necesito mas que nunca de vuestra ayuda.

Me veo como colocado entre el Paraiso, y el Infierno. ¡Ay de mí! ¿cuál será mi suerte, si no usais en mi favor del poder que teneis con vuestro hijo?

En vuestras manos tiene colocadas las gracias mas preciosas, para que las distribuyais entre los hombres. Derramadlas sobre mí: esta es la ocacion que mas necesito de ellas.

Ya comienza á abrirse el tribunal á donde voy á dar cuenta de mi vida: hablad en mi favor ántes de presentarme yo. Espero

que la Madre de mi juez me alcanzará un juicio favorable.

Estrella del mar, sed mi guia en medio de las tempestades que me amenazan un próximo naufragio, y conducidme á puerto de salud.

Luz celestial, disipad las nubes que el espíritu de las tinieblas procura derramar dentro de mi alma. Sosegad la turbacion en que estoy cuando pienso en los pecados de mi vida. Alcanzadme un arrepentimiento vivo y eficaz.

Modelo de toda virtud, conseguidme la gracia de que permanezca en mí la fe en todo su vigor, la esperanza en toda su fuerza, y la caridad en toda su perfeccion.

Os doy gracias por todas las bondades que habeis ejercitado conmigo durante mi vida, aun en aquellas ocasiones en que ménos las merecia: ¿Me negareis vuestra asistencia ahora que mi confianza en vos se aumenta á proporcion de la necesidad en que me veo?

No, Madre tierna, la mas tierna de todas las madres, no os apartareis ni aun por un instante de un hijo vuestro que se va á morir Asistidme hasta el último suspiro.

Muero con sumision, pues que Jesus ha ordenado mi muerte; y á pesar del horror natural que á esta tengo, muero gustoso, pues que muero bajo vuestra proteccion.

Contemplaré dentro de poco tiempo, como espero, las grandezas, las perfecciones, los atractivos, y los triunfos de Jesus, y admiraré el trono maravilloso de vuestra gloria.

Ya se acerca mi agonia, y mis labios no podrán implorar vuestra asistencia; pero mi corazon siempre os hablará.

Pronunciaré mil veces desde lo mas íntimo de mi alma los nombres sagrados de Jesus y de María: yo os suplico ¡oh Jesus mio! que mireis todos los suspiros y movimientos de mi corazon durante mi agonía, como otros tantos actos de amor por vos y por vuestra Santa Madre,

¡Ay Señor! tened piedad de mí. No me atrevo á decir: *por que soy vuestro siervo* (1). ¡Ay de mí! Aquí teneis, Señor, un grande pecador, que no sabe si ha tenido la dicha de aplacar vuestra justicia; pero á lo ménos tened piedad de mí, Dios mio, *porque soy hijo de vuestra sierva.*

---

(1) Ps. cxv, 16.

Vos me habeis hecho la gracia de que yo haya tenido toda mi vida una grande confianza en María. Os doy gracias por que siento aumentarse los sentimientos de esta confianza en el momento mas crítico de mi salvacion.

¡Oh Dios mio, *Dios de misericordia!* este es un nuevo favor que me dispensais, porque quereis salvarme á ruegos de esta Vírgen, á la que vuestra Iglesia nos enseña á invocar en todo tiempo, y sobre todo *en la hora de nuestra muerte.*

CAPITULO XIV.

De la devocion con San José, Esposo de la Santísima Vírgen.

La mayor prueba que podemos dar á la Santísima Vírgen del amor que le tenemos, y prueba qne le es sin duda muy apreciable, es la de tomar á su Santo Esposo José por objeto principal de nuestra devovion, y consagrarnos á su servicio.

Y en efecto, ¿qué estimacion no debemos

hacer á este santo? ¿de un hombre á quien Dios escogió para que fuese tutor de la infancia del Verbo encarnado, testigo y protector de la virginidad de su Madre?

Este santo veló continuamente en la custodia del verdadero tabernáculo de Israel: trasladó el arca de la Nueva Alianza, segun las circunstancias de los tiempos, y tuvo como en depósito el precio de la salud y de la redencion de los hombres.

¡Qué gloria tan admirable haber tenido en esta vida una autoridad legítima sobre la Reina del cielo y de la tierra, y aun sobre *el Rey de los siglos, Rey inmortal, á quien pertenece toda gloria!*

Para poder formar alguna idea de este mérito tan escelente, no es necesario sino considerar que San José fué esposo de María. Las virtudes del uno hacen venir en conocimiento de las virtudes del otro. María recibió de Dios un esposo digno de ella.

Pero sobre todo, considerad que el Ni
Jesus reposó mil veces sobre su casto
¿Qué impresiones celestiales no re
corazon de este Niño Dios?

José vívia con aquel que
todas las gracias, y con la

nal por donde se comunican; ¿pues cuántas riquezas espirituales no recibiria?

Paciencia, dulzura, humildad, amor del prójimo, amor de Dios; todas las virtudes brillarian en él, las poseeria en el grado mas sublime.

¡Oh alma cristiana! que quieres dedicarte á los ejercicios de una vida devota é interior! si deseas alcanzar las gracias necesarias, recurre con confianza á la intercesion de un santo que las practicó de una manera tan perfecta.

La iglesia ha erigido á Dios templos en su honor; ha establecido su fiesta, y convida á los fieles, con ciertas prácticas de devocion que ella misma autoriza á que le miren como á uno de los mas poderosos protectores que pueden tener para con Dios.

El nombre de José se invoca devotamente por todos los fieles, y le juntan frecuentemente con los de aquellas personas sagradas con quienes tuvo en este mundo la mas estrecha alianza.

Si en el tiempo en que Jesus y María vivian en Nazareth hubiéramos deseado alcanzar alguna gracia, ¿de qué otro mediador mas poderoso nos pudiéramos haber valido, que

de San José? ¿Pues qué, tendrá acaso en el dia ménos crédito? *Id*, pues, *á José* (1) para que interceda por vosotros. De cualquiera naturaleza que sea la gracia que deseeis; Dios os la concederá á sus ruegos.

Aun hay mas. De cualquiera condicion que seais, y sea el que quiera vuestro estado, vuestro estado mismo y vuestra condicion, os inspirarán motivos de la gran confianza que debeis tener en él.

Los nobles y los ricos deben considerar, cuando le pidan, que S. José es descendiente de patriarcas y de reyes.

Los pobres: que no se ha desdeñado de su oscuridad; que ha vivido como ellos en la indigencia, y trabajado toda su vida como un pobre artesano.

Las vírgenes: que conservó toda su vida la mas perfecta virginidad; y las personas casadas, que fué cabeza de la familia mas augusta que hubo jamas:

Los niños: que fué el sustentador de Jesus, conservador y gobernador de su infancia.

Los sacerdotes: que tuvo frecuentemente

(1) Genes. XLI, 55.

á Jesus entre sus brazos, y que él mismo ofreció al Eterno Padre las primicias de la sangre de Jesus en el dia de su circuncision.

Las personas religiosas: que santificó la soledad de Nazareth por su retiro del mundo, y por las conversaciones íntimas que tenia con Jesus y su Santa Madre.

En fin, las almas caritativas y piadosas: que jamas hubo corazon, despues del de María, que amase á Jesus con mas ardor y ternura, que el de este santo.

Pero sobre todo, *recurrid á José* si quereis alcanzar la gracia de una buena muerte. La opinion comun de que murió entre los brazos de Jesus y de María, es causa de la gran confianza que tienen los fieles de que por su intercesion conseguirán tambien una muerte tan dichosa y llena de consuelo.

Se nota, en efecto, que en la hora de la muerte especialmente, es cuando se cogen los frutos de la devocion que se ha tenido en esta vida con este gran santo.

FIN.

TABLA

DE LOS CAPITULOS.

LIBRO I.

En el que se consideran la vida y virtudes de la Santísima Vírgen, desde su Inmaculada Concepcion hasta el Nacimiento de su Divino Hijo en Belen.

Pág.

CAPÍTULO I. De la imitacion de las virtudes de la Santísima Vírgen. 1

CAP. II. De la estimacion que debemos hacer de la gracia santificante. 5

CAP. III. Del cuidado que debemos tener de conservar la gracia santificante. 9